

LA EXTRAÑA
DESAPARICIÓN DE
ESME LENNOX
MAGGIE
O'FARRELL



Ante el inminente cierre del viejo hospital psiquiátrico de Cauldstone, en Edimburgo, las autoridades comunican a Iris que debe hacerse cargo de su tía abuela Esme Lennox, quien será puesta en libertad tras sesenta y un años de internamiento. El desconcierto inicial de la joven, que desconocía la existencia de la anciana, se verá pronto superado por una genuina curiosidad. ¿Qué motivo llevó a la reclusión de Esme cuando tenía sólo dieciséis años? ¿Por qué se ocultó su historia al resto de la familia durante décadas? Entre los recuerdos de Esme y los escasos momentos de lucidez de su abuela Kitty, Iris reconstruye la vida de las dos hermanas: la infancia en la India y la primera juventud en Escocia, el rechazo de la joven Esme a las rígidas reglas de la alta burguesía escocesa y, repentinamente, la terrible exclusión. Así, bajo el cúmulo de revelaciones late un misterio cuyo suspense va creciendo a lo largo del relato hasta alcanzar un desenlace tan original como impactante.

Índice de contenido

Cubierta

La extraña desaparición de Esmé Lennox

Sobre la autora

Para Saul Seamus

Mucha locura es divina cordura
para una mirada sagaz.
Mucha cordura, la más rematada locura.
En esto, como en todo,
prevalece la mayoría.
Asiente, y te considerarán cuerdo.
Disiente, y de inmediato serás peligroso
y atado con cadenas.

EMILY DICKINSON

Yo no podría ser feliz a costa de una
injusticia cometida contra otra persona.
¿Qué clase de vida cabría edificar sobre
tales cimientos?

EDITH WHARTON

Todo empieza con dos chicas en un baile.

Están a un lado de la sala, una de ellas sentada en una silla, abriendo y cerrando el carnet de baile con los dedos enguantados; la otra de pie, contemplando el desarrollo de la danza: las parejas que dan vueltas, las manos agarradas, el taconeo de los zapatos, las faldas al vuelo, la vibración del suelo. Es la última hora del año y la noche tiñe de negro las ventanas. La chica sentada va vestida de un tono pálido, Esme no recuerda cuál; la otra lleva un vestido rojo oscuro que no la favorece. Ha perdido los guantes. Aquí comienza.

O tal vez no. Tal vez empieza con anterioridad: antes de la fiesta, antes de que se pongan los vestidos nuevos, antes de que se enciendan las velas, antes de que se eche arena en el suelo, antes incluso de que comience el año cuyo final celebran. Quién sabe. En cualquier caso, termina en una rejilla que cubre una ventana formando cuadrados que miden exactamente dos pulgares de anchura.

Cuando Esme intenta mirar o lejos, es decir, más allá de la reja, descubre que los cuadrados del enrejado se difuminan enseguida y, si se concentra lo suficiente, acaban desvaneciéndose. Antes de que su cuerpo se reafirme, ajustando la mirada a la realidad del mundo, siempre hay un momento en el que sólo existen ella y los árboles, el camino, el más allá. Nada más.

La pintura de la parte inferior se ha desgastado y en los cuadrados se aprecian distintas capas de color, como los anillos de un árbol. Esme es más alta que la mayoría, de manera que alcanza la parte en que la pintura es nueva y densa como el alquitrán.

Detrás de ella una mujer prepara té para su marido muerto. ¿Está muerto o sólo la ha abandonado? Esme no se acuerda. Otra mujer busca agua para regar las flores que se agostaron hace mucho en un pueblo costero no lejos de allí. Indefectiblemente, son las tareas sin sentido las que perduran: lavar, cocinar, ordenar, limpiar. Nunca nada majestuoso o significativo, sólo los rituales insignificantes que forman la urdimbre de la vida humana. La chica obsesionada con el tabaco ya tiene dos avisos y todo el mundo piensa que está a punto de recibir el tercero. Y Esme piensa: ¿Dónde empieza todo? ¿Allí, aquí, en el baile, en la India, antes?

Últimamente no habla con nadie. Quiere concentrarse, no le gusta enturbiar las cosas con la distracción de las palabras. En su cabeza gira un zoótrofo y le molesta que la sorprendan cuando se detiene.

Zumba. Zumba. Para.

En la India, pues. El jardín. Ella misma, con cuatro años, en el escalón trasero.

Sobre su cabeza las mimosas sacuden sus flores, esparciendo polvo amarillo sobre el césped. Si caminara por él, dejaría un rastro. Esme quiere algo. Quiere algo, pero no sabe qué. Es como si le picara una parte del cuerpo y no atinara a rascarse. ¿Una bebida? ¿Su ayah? ¿Un trozo de mango? Se frota una picadura de insecto en el brazo y remueve el polvo amarillo con el pie descalzo. A lo lejos oye a su hermana que salta a la comba, un chasquido en el suelo y el corto golpe de los pies. Golpe chasquido golpe chasquido golpe chasquido.

Vuelve la cabeza, buscando otros ruidos. El *brrr-clop-brrr* de un pájaro en las ramas de la mimosa, una azada en el jardín —*raac raac*—, y en alguna parte la voz de su madre. No distingue las palabras, pero sabe que es ella.

Esme baja del escalón de un salto, de manera que los dos pies aterrizan juntos, y echa a correr por el costado del bungaló. Encuentra a su madre junto al estanque de los li-

rios, inclinada sobre la mesa del jardín mientras sirve té en una taza; su padre está cerca, en una hamaca. El perfil de su ropa blanca oscila con el calor. Esme entorna los ojos y sus padres se desdibujan hasta formar dos siluetas brumosas: ella, un triángulo; él, una línea.

Va contando mientras camina, dando un saltito cada diez pasos.

—Ah. —La madre alza la vista—. ¿No estabas durmiendo la siesta?

—Me he despertado. —Esme hace equilibrios sobre una pierna, como los pájaros que acuden de noche al estanque.

—¿Dónde está tu *ayah*? ¿Dónde está Jamila?

—No lo sé. ¿Puedo tomar té?

Su madre vacila mientras extiende una servilleta sobre su regazo.

—Cariño, creo que...

—Dale un poco si quiere. —El padre habla sin abrir los ojos.

La madre vierte té en un platillo y se lo ofrece. Esme pasa bajo el brazo extendido y sube a su regazo. Nota el tacto áspero del encaje, el calor de un cuerpo bajo el algodón blanco.

—Tú eras un triángulo y padre una línea.

La mujer se mueve en el asiento.

—¿Cómo?

—Que eras un triángulo...

—Mmm. —La madre le agarra los brazos—. Hoy hace demasiado calor para mimos. —La deja de nuevo en el suelo—. ¿Por qué no vas a buscar a Kitty? A ver qué hace.

—Está saltando a la comba.

—¿Y no puedes jugar con ella?

—No. —La niña tiende la mano para tocar el glaseado de un bollo—. Es demasiado...

—Esme. —Le retira la mano de la mesa—. Una señorita debe esperar a que la inviten.

—Sólo quería tocarlo.

—Pues, por favor, no toques. —La madre se reclina en la silla y cierra los ojos.

Esme se queda mirándola un momento. ¿Está dormida? Una vena azul le palpita en el cuello y los ojos se mueven bajo los párpados. En el labio superior se han formado unas gotas diminutas, no más grandes que la cabeza de un alfiler. En sus pies, allí donde terminan las tiras de los zapatos y empieza la piel, han aflorado manchas rojas. Tiene el estómago hinchado, abombado con otro bebé. Esme lo ha notado en el interior, agitándose como un pez atrapado. Jamila cree que éste tiene suerte, que éste vivirá.

La niña contempla el cielo, las moscas que vuelan en torno a los lirios del estanque y la ropa de su padre, que sobresale bajo la hamaca. A lo lejos todavía se oye a Kitty saltar a la comba, el *raac raac* de la azada, ¿o es otra cosa? Luego capta el zumbido de un insecto. Mueve la cabeza, pero el bicho se ha ido, detrás de ella, a su izquierda. Se vuelve de nuevo y el insecto está más cerca, el zumbido es más intenso; Esme nota sus patas en el pelo.

Se levanta de un brinco, agitándose, pero el zumbido es cada vez más insistente y de pronto la niña nota el batir de unas alas en la oreja. Da un chillido y manotea en torno a su cabeza, pero el zumbido es ahora ensordecedor y bloquea cualquier otro sonido. El insecto se está abriendo paso por el estrecho pasaje del oído. ¿Qué pasará? ¿Se comerá el tímpano y entrará en el cerebro y se quedará ella sorda como la niña del libro de Kitty? ¿Se morirá? ¿O vivirá el bicho en su cabeza y se le quedará dentro ese ruido para siempre?

Esme lanza otro penetrante chillido sin dejar de sacudir la cabeza, tambaleándose; el chillido deviene en sollozos y, justo cuando el zumbido comienza a alejarse y el insecto le sale de la oreja, oye que su padre dice: Pero ¿qué le pasa a esta niña?, y su madre llama a Jamila.

¿Será éste su primer recuerdo? Tal vez. Una especie de comienzo. El único que conserva.

O también podría ser la vez que Jamila le pintó un encaje de henna en la palma de la mano. Esme miró la línea de la vida, la línea del corazón interrumpida por un nuevo dibujo. O acaso cuando Kitty se cayó al estanque y tuvieron que rescatarla y llevarla a casa envuelta en una toalla. Cuando jugaba a la taba con los hijos del cocinero fuera del jardín. Cuando observaba la tierra en torno al enorme tronco del baniano, que hervía de hormigas. También podrían ser estos recuerdos.

Tal vez era éste: un almuerzo en que estaba atada a la silla, con la correa tensa en el vientre, porque, tal como su madre anunció a la sala, debía aprender a comportarse. Lo cual, ya sabía ella, significaba no levantarse de la silla hasta que hubieran terminado de comer. Lo malo era que le encantaba el espacio bajo la mesa, la ilícita intimidación que cobijaba el mantel. No había manera de evitar que se metiera allí. Hallaba algo curiosamente conmovedor en los pies de la gente. Los zapatos, gastados en los puntos más raros, las particularidades de los nudos de los cordones, las ampollas, los callos, quién cruzaba los tobillos, quién cruzaba las rodillas, quién tenía agujeros en las medias, quién llevaba los calcetines desparejados, quién se sentaba con una mano en el regazo de quién. Ella lo sabía todo. Se deslizaba de su silla como un gato y ya no podían pescarla.

La cuerda es un pañuelo de su madre. A Esme le gusta el dibujo: espirales repetidas en púrpura, rojo y azul. Es un estampado Paisley, dice su madre. Esme sabe que eso es un sitio de Escocia.

La sala está llena. Están Kitty, sus padres y algunos invitados: varias parejas, una chica con el pelo escandalosamente corto a quien su madre ha colocado delante de un joven ingeniero, una mujer mayor y su hijo, y un hombre solitario, sentado junto al padre. Esme cree recordar que tomaron sopa, aunque no está muy segura. Le parece haber

oído el movimiento de las cucharas, el sonido del metal contra la porcelana, las discretas acciones de sorber y tragar.

No paran de hablar. ¿Qué tendrán que decir? Por lo visto, muchas cosas. A Esme no se le ocurre nada, nada en absoluto, que quisiera comunicar a esa gente. Mueve la cuchara al tiempo que observa los remolinos de la sopa. No está escuchando, o al menos no escucha las palabras, pero sí atiende al rumor colectivo. Es como los loros en los árboles o las reuniones de ranas al atardecer. El mismo sonido *creec-creec-creec*.

De pronto y sin aviso previo, todos se levantan. Dejan las cucharas y salen en tromba de la sala. Esme, extraviada en sus ensoñaciones, pensando en los remolinos de la sopa, en las ranas, se ha perdido algo. Todo el mundo habla con gran entusiasmo y Kitty empuja a su padre para poder salir la primera. En su ansiedad, la madre se ha olvidado de su hija, atada a la silla.

La niña los observa a todos con la cuchara en la mano y la boca abierta. El umbral de la puerta se los traga, al ingeniero en último lugar, y el ruido de los pasos se desvanece por el pasillo. Esme, atónita, se vuelve hacia la sala vacía. Los lirios se yerguen, orgullosos e impasibles, en un jarrón de cristal; el reloj cuenta los segundos; una servilleta se desliza hacia una silla. La pequeña piensa en chillar, en expandir los pulmones y lanzar un grito, pero no lo hace. Mira las cortinas trémulas en la ventana abierta, una mosca se posa en un plato. Tiende el brazo y abre los dedos, sólo para ver qué pasa. La cuchara cae en línea recta, rebota en el extremo curvo, da la vuelta en el aire y se desliza por la alfombra hasta descansar bajo el aparador.

Iris avanza por la calle con las llaves en una mano y el café en la otra. El perro la sigue y sus uñas repiquetean en el asfalto. A través de los huecos entre los altos edificios la

luz del sol forma escalones, y el agua de la lluvia nocturna se desvanece creando manchas en el suelo.

Cruza la calle seguida del perro. Le da una patada a una lata de cerveza en la puerta de entrada, pero no sale rodando sobre la acera como ella esperaba, sino que cae de lado y vierte su contenido en la entrada de la tienda.

—¡Maldita sea! —exclama Iris—. ¡Maldita sea, maldita sea!

Furiosa, asesta otra patada y la lata, ahora vacía, va a parar con estrépito a la alcantarilla. Iris mira atrás un momento. Los edificios de piedra se alzan impasibles con sus hileras de ventanas reflejando la luz de la mañana. Mira al perro, que menea el rabo y lanza un débil gañido.

—Feliz tú, que no tienes problemas.

Tira del postigo, que retrocede sobre su riel con alarmante traqueteo. Pasa por encima del charco de cerveza y saca del buzón un fajo de cartas que va ojeando al tiempo que recorre la tienda. Facturas, facturas, extracto bancario, postal, facturas y un sobre marrón.

Se detiene a medio camino del mostrador al ver la letra. Es pequeña, apretada, cada carácter cargado de tinta, de forma que el corazón semicircular de la e ha quedado inundado. Iris se acerca el sobre a la cara y ve que las formas han quedado grabadas en el papel. Al pasar los dedos por encima nota las marcas que ha dejado la máquina de escribir.

Una corriente de aire frío se filtra y se enrosca en sus tobillos. Iris alza la cabeza para mirar alrededor. Los bustos sin cara para exponer sombreros la miran; un abrigo de seda que cuelga del techo oscila ligeramente debido a la brisa. Iris levanta la pestaña del sobre, que se rasga con facilidad. Desdobla la única hoja que contiene, la mira. Aunque su mente todavía está en la cerveza, en cómo va a limpiarla, en que tiene que aprender a no dar patadas a las latas por la calle, repara en las palabras «caso» y «reunión», así como

en el nombre «Euphemia Lennox». Al final una firma ilegible.

Se dispone a releerla cuando de pronto recuerda que le queda algo de detergente en la diminuta cocina de la trastienda. Mete la carta y el resto del correo en un cajón y desaparece tras una pesada cortina de terciopelo.

Sale a la calle con una fregona y un balde de agua jabonosa. Empieza junto a la puerta, echando el agua hacia la calle. Alza la cara al cielo. Una furgoneta pasa tan cerca que la corriente de aire le agita el pelo. Un niño llora en alguna parte. El perro está en el umbral, contemplando las diminutas siluetas de la gente que cruza el puente muy por encima de ellos. A veces la calle parece tan profundamente hendida en la ciudad que es como si Iris llevara una vida subterránea. Se apoya en la fregona e inspecciona el umbral. El nombre Euphemia Lennox resurge en su mente. Seguramente será algún pedido, piensa. Suerte que decidí conservar el balde, piensa. Parece que va a llover, piensa.

Iris está sentada frente a Alex en un bar de New Town. Balancea un zapato plateado con los dedos de los pies y toma una aceituna. Alex juguetea con el brazalete que ella lleva en la muñeca, girándolo entre los dedos. Luego se mira el reloj.

—No suele tardar tanto —murmura.

Sus ojos se ocultan tras unas gafas oscuras en las que Iris ve su propio reflejo deformado, o la sala a sus espaldas.

Deja el hueso de la aceituna en un plato. Había olvidado que Fran, la mujer de Alex, había quedado con ellos.

—¿No? —Coge otra aceituna y la aprieta entre los dientes.

Alex no dice nada. Saca un cigarrillo del paquete, se lo lleva a los labios. Ella se chupa los dedos, agita levemente la copa de combinado.

—¿Sabes? —Comienza mientras él busca una cerilla—. Hoy me ha llegado una factura y al lado de mi nombre habían escrito «la bruja», a lápiz.

—¿De verdad?

—Sí. «La bruja». Increíble, ¿no? Ahora no recuerdo de quién era la factura.

Alex guarda silencio, acerca la cerilla encendida al cigarrillo y da una honda calada.

—Obviamente es alguien que te conoce.

Iris se queda mirando a su hermano, sentado frente a ella, mientras el humo asciende en volutas. De pronto tiende el brazo y le echa una aceituna por dentro de la camisa.

Fran entra en el bar a toda prisa. Llega tarde. Ha ido a la peluquería. Cada seis semanas va a que le hagan mechas rubias en el pelo castaño. Es doloroso. Le ponen un gorro muy apretado, le sacan a tirones los mechones de pelo y los untan con productos irritantes. Le duele tanto la cabeza como si todavía llevara puesto el gorro.

Echa un vistazo al local. Lleva la blusa de seda, la que le gusta a Alex. Una vez le dijo que con ella sus pechos parecían melocotones. Y la falda de lino ajustada. Se oye el frufú de la ropa y el pelo le cae en una limpia cortina en torno a la cara.

Los ve, medio ocultos por una columna. Están inclinados, muy juntos, bajo las luces. Beben lo mismo, algo rojo y transparente con hielo, y sus cabezas casi se tocan. Iris lleva unos pantalones de cintura baja. Sigue delgada, el hueso de las caderas se insinúa por encima de la cinturilla del pantalón. Lleva un top al que parece que le ha cortado cuello y mangas con tijeras.

—¡Hola! —Fran saluda, pero no la ven. Están cogidos de la mano. O tal vez no. La mano de Alex descansa sobre la muñeca de Iris.

Fran se abre paso entre las mesas, agarrada al bolso que lleva colgado al hombro. Cuando llega hasta ellos, los dos hermanos estallan en carcajadas y Alex se sacude la camisa como si tuviera algo por dentro.

—¿De qué os reís tanto? —pregunta Fran sonriendo—. Contadme el chiste.

—De nada —contesta él, todavía riéndose.

—¡Ay, vamos! —exclama ella—. Por favor.

—No es nada. Ya te lo cuento luego. ¿Quieres tomar algo?

Al otro lado de la ciudad, Esme está en la ventana. Un tramo de escaleras sube a su izquierda; a la derecha, las escaleras bajan. El aliento se le agolpa en el cristal frío. Agujas de lluvia golpean el otro lado y el atardecer comienza a teñir los huecos entre los árboles. Está observando la carretera, los dos carriles de tráfico en dirección contraria, el lago más allá, los patos que dibujan líneas en la superficie de pizarra.

Los coches han estado yendo y viniendo todo el día. La gente sube por las portezuelas traseras, el motor se pone en marcha y el vehículo arranca engullendo grava al tomar la curva. Adiós, se despide la gente en la puerta, moviendo las manos en el aire. Adiosadiosadiós.

—¡Eh! —El grito proviene de arriba.

Esme se vuelve. Hay un hombre en la escalera. ¿Lo conoce? Su cara le suena, pero no está segura.

—¿Qué haces? —grita el hombre, sorprendentemente exasperado para ser alguien que a Esme le parece no haber visto nunca.

No sabe qué contestar, de manera que no contesta.

—No te quedes así en la ventana. Vamos.

Esme echa un último vistazo al camino particular y ve a una mujer que antes dormía en la cama de al lado. Está junto a un coche marrón. Un anciano mete el equipaje en el